

## *El mito de Atenea y la inteligencia*

*Moisés Aracena B.*

Departamento de Psicología  
Universidad de Chile

Es posible que el término inteligencia sea uno de los más requeridos para hacer referencia a distintas conductas de las personas.

Así, la inteligencia es un factor que está presente en toda relación humana. Es la regla con la que se mide el comportamiento del otro. Difícil es no calificar la conducta del prójimo en estos términos. Ello otorga una suerte de aproximación en la relación interpersonal. De esta manera, en forma advertida o no, se ubica en igualdad, superioridad o inferioridad en relación al otro. De este modo, se viene a determinar el tipo de relación que se verificará en aquella comunión.

La profesora, cuyo trabajo consiste en hacer que otros comprendan lo que ella comunica, tiene por resultado que cuando su labor encuentra obstáculo en lo que es su fin último —el aprendizaje— sentencia: *este niño no es inteligente* y esto, simplemente, porque no es capaz de asimilar lo que ella le enseña. No importa, en este caso, la etiología de aquel mal rendimiento. Otra situación que podemos considerar es la de una dueña de casa, cuyo invitado no guarda las reglas de urbanidad. Ahí también sobreviene una sentencia de menoscabo intelectual, cuando se dice en actitud de quejumbroso reclamo: *pero si esta persona es falto de inteligencia*. Todo ello simplemente porque no se compromete con alguna conducta social esperada.

Por su parte, la psicología y la psiquiatría deben, por el carácter de su trabajo, establecer continuamente los niveles intelectuales del humano que tienen ante sí. Otras especialidades médicas, también, deben acreditar tal parámetro psíquico, pero no con tanta acuciosidad, como lo hacen aquellas disciplinas mencionadas.

A propósito de todo esto, traemos a colación el mito de Atenea, para así, a través de éste, meditar en relación a la figura que esta divinidad representa, como expresión de sabiduría.

Rara vez se menciona a Metis, diosa griega de la sabiduría, quien fuera primera esposa de Zeus. Éste, que había exiliado a su padre Cronos —que a su vez había castrado a su padre Urano— le pesaba una profecía, la que le anunciaba que un hijo suyo estaba destinado a ser más grande que él. Zeus no tenía la menor intención de dejarse atropellar o ser reemplazado por un hijo. De allí que viera con terror como Metis aumentaba día a día de volumen en razón a su embarazo. En el interior de Metis, se gestaba pues, quien estaría predestinado a ser más que Zeus.

Decidido a solucionar este problema, es que Zeus propone a Metis un juego. Éste consiste en ver cuál de los dos puede adoptar una forma más pequeña. Metis acepta ser la primera en probar transformándose en mosca. Y ahí, sin esperar más, Zeus la atrapa en el aire, se la mete en la boca y la engulle limpiamente. Zeus así tiene a Metis en su vientre gracias a su argucia y rapidez de mano. Sin embargo, un buen día le sobreviene un espantoso dolor de cabeza. Oye en el interior de su cráneo unos espantosos ruidos.

No por otra razón implora entonces la presencia de Hefesto —su hijo, el Herrero— para que le practique una operación de urgencia. Hefesto, obediente, coloca una cuña de pedernal en el cráneo de Zeus. Y por allí emerge la hija de Metis. Es el advenimiento de la nueva hija de la sabiduría, Atenea.

Este mito lo hemos elegido para intentar una explicación del acto inteligente.

En él, vemos a Zeus enfrentado a dos hechos: por una parte la profecía —a la que teme porque significa el miedo a ser destronado—, y por otra, aparece Metis, su esposa y diosa de la sabiduría, a quien debe suprimir para evitar que se cumpla lo que supone una fatal profecía, como es la de ser suplantado.

Para llevar a cabo sus intenciones —hace desaparecer a Metis—, recurre a una añagaza. Es allí en donde nos enfrentamos al primer símbolo. Es decir, para poder cumplir su propósito y adquirir o posesionarse de “la sabiduría”, debe al menos aquélla, en su estructura, permitir que Zeus la incorpore a sí. O sea, se representan aquí dos hechos del acto inteligente: el primero, que no puede enfrentarse a la sabiduría —Metis—, en una dimensión que haga imposible su aprehensión. Y el segundo, que para poder asir la sabiduría, aquélla debe presentarse de tal forma que pueda ser abordada.

De alguna manera, frente al conocimiento, el primer paso está en lograr que éste sea accesible a las posibilidades de quien lo pretende.

Metis, en su situación originaria, hace que sea imposible su aprehensión. Está allí, el macrocosmos del conocimiento. En rigor el conocimiento, el que a posteriori —y luego de un proceso de gestación— vendrá a constituir el acto inteligente. Debe, por lo mismo, ser abordado en la dimensión exacta que permita su captación.

Pero también antecede al acto inteligente el esfuerzo y la predisposición

para nutrirse de lo que está fuera. Este esfuerzo es representado aquí por la añagaza de Zeus. Ésta le posibilita *nutrirse*.

Y no es en modo alguno pasiva la actitud de quien pretende el acto inteligente. Es, por el contrario, una actitud predispuesta, activa y puesta al servicio del logro. Zeus así lo vivencia. Quien pretenda realizar un acto inteligente, en ocasiones debe como Zeus recurrir a una argucia o truco que le permita transitar por lo desconocido. Teseo nos da un ejemplo de lo que constituye esta argucia, cuando para enfrentar al Minotauro y no perderse en el laberinto de Creta, lo hace con el truco del ovillo de hilo, proporcionado por Ariadna. O la argucia de Hércules para limpiar en un día los establos del rey Augías.

Nutrirse no deja de involucrar una certera evaluación de la realidad. Única forma de poder discernir entre lo que será un acto inteligente de un acto de capricho. El primero involucra tomar la medida que el medio exige y demanda. Es lo que Teseo realiza.

Además quien no tiene esta predisposición abierta hacia el medio, no conoce, ni se nutre, de lo que éste le proporciona. Así, los troyanos se ven sordos y ciegos *a los ruidos que hace el abdomen del caballo de Troya*. O Edipo, que en un comienzo no escucha el decir de Tiresias, sobre quién es el culpable de las desdichas de su pueblo, porque no está predispuesto a ello.

En definitiva, la predisposición es hacer ejecutivo el acto de querer conocer. No le basta al hombre la mera reflexión, sino que necesita abordar lo que le es desconocido, aun cuando el precio que pudiese pagar sólo sea el acercarse a un fragmento de la realidad. Se hace unicidad entre el esfuerzo y el acto por conocer. Allí están para dar testimonio Fausto, quien no trepida en sacrificios por llegar a experimentar lo desconocido, o Eneas que debe recurrir, a petición de la Sibila, a todo “su valor y constancia” para adentrarse en los misterios de los Infiernos<sup>1</sup>. Aquí la actividad se estimula y se satisface por sí misma. La lucha se acepta valientemente, sin claudicar. Es el total compromiso por el conocer. Paradigma de este compromiso es indudablemente Sócrates, quien combate, con toda su alma, la oposición fundamental entre las opiniones enmarañadas y variables de los hombres y el pensamiento científico. No se tolera un compromiso a medias. Debe existir una total predisposición por el conocer.

Pero además existe aquí un problema moral, en el que pareciera legitimarse la acción de Zeus. Para aprehender la sabiduría —Sophia—, la argucia a la que recurre Zeus se hace legítima —virtuosa— en la medida que es parte de un proceso superior. Pero por otro lado, no deja de existir una amoralidad en este acto, en el que se sacrifica a Metis. ¿Apunta esto a concebir el acto inteligente en un ámbito no ético? ¿Es acaso valedero el mito de Prometeo,

<sup>1</sup>P. Virgilio M. “La Eneida”. Obras Maestras, Ed. Iberia, Barcelona, 1979, p. 128.

en donde la inteligencia sólo es atributo de los dioses? ¿Y el que el hombre la posea, prefija ya un acto que deba ser castigado? Pareciera que se comete en su ejercicio —en el ejercicio del acto inteligente— un pecado “original”, sobre el que se debe transitar previamente. Finalmente ¿será la penosa inseguridad en que se sumerge el hombre que tanto destaca San Agustín lo que se encierra en este núcleo?

Cualquiera sea la interpretación que podamos aceptar, no cabe duda que aparece un elemento de sacrificio, que en sí contiene un costo. El costo, que legítimamente debe pagar el hombre por pensar. Ortega y Gasset dice al respecto: “entre los intelectuales sólo el filósofo está feliz porque es el único que está seguro o que está en lo firme. Los demás viven una dolorosa conciencia de que, como intelectuales, viven sonambúlicamente”<sup>2</sup>.

Se produce a continuación un proceso que culmina con el nacimiento de Atenea. A este proceso lo podríamos denominar de incubación interna. Es el que antecede a toda manifestación intelectual.

A continuación curiosamente el mito nos habla de fuertes dolores de cabeza. Zeus, antes de dar a luz a Atenea, padece de lo que internamente se está desarrollando.

¿Se trata por ventura aquí de simbolizar el padecimiento de quien, buscando respuestas en el acto inteligente, *sufre* antes de dar a luz el resultado de su proceso interno?

Es acaso sobre este dolor que nos habla Tiresias cuando, llamado por Edipo, exclama... *¡Cuán funesto es el saber, cuando no proporciona provecho al sabio...!*

¿Qué representa, sin embargo, Hefesto en este proceso? Siendo un proceso interno ¿por qué se hace necesaria la acción externa, para que la *sabiduría* pueda expresarse? Hefesto —personaje ajeno— se hace así cómplice directo en este proceso.

Es más, Zeus demanda a Hefesto que proceda a operarle. Esta demanda nos muestra la conciencia que Zeus tiene de este proceso. Conciencia que indica que el otro debe ser parte y testigo del acto inteligente. Sin Hefesto, no existe el producto inteligente. En esta demanda está la esencia que sugiere que lo elaborado internamente sólo tiene realidad y vigencia si está en virtud del otro. Y en cierto modo, para el otro.

Todo acto es inteligente sólo en virtud de un propósito y de un prójimo. De un ajeno, que es el testigo de la aparición del producto inteligente.

Así, entonces, la operación es la presión que ejerce el medio. Es el vigor natural, propio de lo que son los actos inteligentes del hombre. Es el medio aquí el que, a su vez, procura que el hombre en su eterno peregrinar, manifieste lo que lleva dentro de sí. Lo que su inteligencia ha generado a posteriori de *digerir* la sabiduría que se encuentra fuera de él.

<sup>2</sup>J. Ortega y Gasset: “Qué es conocimiento”. Ed. Alianza, S.A. Madrid, 1984, p. 30.

No deja Hefesto de simbolizar la incesante demanda del medio hacia el intelecto del hombre. Es el continuo agujonear que se incrementa en quienes tienen algo que aportar. Las demandas de uno y otro, del que produce y quien es testigo de este acto, se complementan en la acción inteligente.

El hombre, en este círculo de nutrirse y producir, es el intermediario que modifica y crea nuevas estructuras. Es el que llevando el germen de lo antiguo, tiene la suficiente plasticidad para generar algo nuevo. Así Atenea es, de algún modo, más sabia que Metis. Viene a ser Atenea una fiel colaboradora de Zeus. Esto involucra que el acto inteligente viene a sustituir, o mejorar, conductas individuales o colectivas.

La elaboración, pues, del acto inteligente sirve para sí y para otros. Es un logro que puede terminar siendo útil en su sentido más amplio.

#### ABSTRACT

The author makes a parallel between the myth of Athena's birth and the process of the intelligent act. He analyzes the myth in detail, making it parallel to the intelligent act, in such a way that the myth symbolically explains this process, establishing the legitimacy or illegitimacy that could enclose the intelligent act through the ethic of some of the myth's events.